

En el submundo violento y oscuro, frío y yermo del invierno polar, el inspector Kari Vaara debe encontrar al brutal asesino de la Dalia Negra finlandesa.

# JAMES THOMPSON

## ÁNGELES EN LA NIEVE



rocaeditorial • criminal

«Una obra magistral»

Michael Connelly

# Ángeles en la nieve



# Ángeles en la nieve

James Thompson

Traducción de Jorge Rizzo

**Rocaeditorial**

Título original: *Snow Angels*  
Copyright © 2009, James Thompson

Primera edición: febrero de 2010

© de la traducción: Jorge Rizzo  
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.  
Marquès de la Argentera, 17, Pral.  
08003 Barcelona  
info@rocaeditorial.com  
www.rocaeditorial.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo  
Fotografía de cubierta: La editorial reconoce al autor  
o propietario de la imagen su titularidad de los derechos  
de reproducción y su derecho a percibir los royalties  
que pudieran corresponderle.

Impreso por Brosmac, S.L.  
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1  
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-9918-062-5  
Depósito legal: M. 28.999-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas,  
sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo  
las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial  
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos  
la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución  
de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

**E**stoy en el Hullu Poro, «El Reno Loco», el bar-restaurante más grande a este lado del Círculo Polar Ártico. Pese a que no hace mucho que lo reformaron, aún tiene las paredes y el techo forrados de madera, como una antigua granja finlandesa. Estilo rústico moderno.

7

Aún es media tarde, pero ya hay más de doscientas personas en el local. El bar está atestado y hay mucho ruido. La temperatura exterior es de cuarenta grados bajo cero; demasiado frío para esquiar. Que te diera el viento en la cara al bajar por la ladera provocaría la congelación instantánea en el más mínimo resquicio de piel expuesta a la intemperie. Los remontes están cerrados, así que la gente emplea el tiempo en beber.

Mi esposa, Kate, es la directora general del Levi Center, un complejo de restaurantes, bares, un hotel de doscientas habitaciones y una zona de ocio con capacidad para casi mil personas. El Hullu Poro no es más que una parte de un enorme negocio en la mayor estación de esquí de Finlandia, y Kate lo dirige entero. Estoy orgulloso de ella.

Ella está detrás de la barra hablando con Tuuli, la encargada del turno. Yo sigo la conversación de lejos, porque soy poli, y quizá Kate quiera denunciar a su empleada.

—Creo que has manipulado el inventario en el ordenador —dice—. Has trasladado botellas de licor a otros puntos de venta, has hecho que pareciera que desaparecía de otros bares,

pero te has traído las botellas aquí, las has ido vendiendo desde esta barra y te has embolsado el dinero.

Tuuli sonrío y le responde en finlandés. Sin alterarse, le suelta una elocuente invectiva envenenada. Kate no tiene ni idea del alcance de aquellos insultos.

Kate mide casi metro ochenta y es delgada. Lleva puestos unos tejanos y un suéter de cachemira. Tiene la larga melena color canela recogida en un moño. Los hombres del bar la miran de reojo.

—Por favor, háganme en inglés para que te pueda entender. Si no me explicas dónde ha ido a parar el licor, estás despedida. Y estoy planteándome presentar una denuncia.

El rostro de Tuuli resulta ilegible.

—No sabes lo que dices.

Kate es una experta en gestión de estaciones de esquí. Los propietarios del Levi Center querían ampliar la estación, así que la trajeron de Aspen a Finlandia hace un año y medio para supervisar los cambios.

8 —He comprobado las fechas y las horas en el ordenador —explica Kate—. Los traslados de existencias se corresponden con tus horarios de trabajo. No pudo haberlo hecho nadie más. El mes pasado desaparecieron seiscientos euros en alcohol. Llevas trabajando aquí tres meses. ¿Quieres que compruebe los otros dos meses?

Tuuli se lo piensa mejor.

—Si me das la paga de la semana y una carta de recomendación, dejaré el puesto sin protestar ante el sindicato —accede.

—Nada de indemnización y nada de carta. Si presentas una protesta, te denunciaré —responde Kate, con los brazos cruzados.

Tuuli tantea una botella de Johnny Walker situada sobre el estante. El brillo apagado de sus ojos me dice que parte del alcohol robado ha acabado en su gástrico. Conozco a los borrachos. Está planteándose la posibilidad de darle un botellazo a Kate. Me lanza una mirada. Yo le digo que «no» con la cabeza. Tuuli aparta la mano de la botella y adopta un tono conciliador.

—Sentémonos y hablemos de ello.

Kate hace un gesto al gorila de la puerta, que se acerca.

—Esta conversación se ha acabado —anuncia—. Acompaña a Tuuli, que recoja sus cosas y luego se vaya. Tiene prohibida la entrada al bar.

—Eres una hija de puta —le espeta Tuuli.

—Y tú estás en el paro —le responde Kate con una sonrisa—. Y tienes prohibida la entrada en todos los bares de Levi propiedad de esta empresa.

Y eso significa la mayoría. De hecho, Tuuli queda condenada al ostracismo. Aprieta los dientes y los puños.

—*Vitun huora* —dice, cosa que significa: «jodida puta».

Kate se dirige al gorila:

—Sácala de aquí.

Él le pone una mano a Tuuli en el hombro y se la lleva.

Cuando Kate se gira hacia mí, parece fría como un témpano.

—Tengo que hacer un par de cosas en la oficina. Serán sólo unos minutos.

Me apoyo en la barra mientras la espero. Un turista pregunta a Jaska, que está detrás de la barra:

—¿A qué distancia estamos del Polo Norte?

Jaska pone la expresión condescendiente que reserva para los extranjeros:

—Los australianos no son muy buenos con la... —no encuentra la palabra y recurre al finlandés— *maantiede*. Si siguiera un día en esa dirección, llegaría al mar de Barents, el final del mundo —explica, señalando al oeste.

—Algunos finlandeses tampoco son muy buenos con la geografía —digo yo—. Por ahí se va a Suecia. —Me giro noventa grados—. El Polo Norte está en esa dirección. —Señalo al este—. Rusia está hacia allí. Estamos ciento sesenta kilómetros por encima del Círculo Polar Ártico.

—El inspector Vaara y yo fuimos juntos al instituto —suelta Jaska—. Él sacaba mejores notas.

—Gracias por la lección —dice el australiano—. Es difícil orientarse si siempre está oscuro. ¿Es policía?

—Sí.

—Le invito a una copa. ¿Qué bebe?

—*Lapin Kulta*.

—¿Y eso qué es?

—Cerveza. En el Ártico hubo una «fiebre del oro» hace

algo más de cien años; el nombre de la marca significa «El Oro de Laponia».

Jaska sirve bebidas a los turistas y charla sobre las condiciones necesarias para el esquí. Se supone que mañana la temperatura tiene que subir hasta menos quince, aún un frío tremendo, pero que permitiría que los esquiadores provistos de un equipo adecuado pudieran lanzarse de nuevo a las pistas.

Me conviene hacer sentir mi presencia, desanimar a los lugareños cuya idea de diversión consiste en emborracharse y darse de tortas o meterse con los turistas. Miro a ambos lados de la sala. Ahí están los hermanos Virtanen, candidatos principales a acabar por comportarse de ese modo. Al caer la noche lo más probable es que ya se hayan amenazado mutuamente con los cuchillos. Uno de estos días se matarán el uno al otro, y el que sobreviva se morirá de soledad.

Jaska me pone mi cerveza.

—*Jotain muuta?* ¿Algo más?

—Un *ginger ale* para Kate.

10

Mientras Jaska se lo pone, me acerco a la mesa de los hermanos Virtanen:

—Kimmo, Esa, ¿qué tal va?

Los hermanos parecen avergonzados. Mi presencia les pone nerviosos.

—Bien, Kari —responde Esa—. ¿Cómo está esa esposa norteamericana tan guapa que tienes?

Mi matrimonio con una extranjera provoca susceptibilidades y consternación entre las mentes más cerradas de nuestra pequeña comunidad, pero también envidia, debido al éxito y al atractivo físico de Kate.

—Está bien. ¿Qué tal vuestros padres?

—Mamá no puede hablar desde la apoplejía, y papá..., ya sabes cómo es —responde Esa, y Kimmo asiente con un gesto entorpecido por el alcohol.

Esa, Kimmo y yo crecimos en el mismo barrio. Esa quiere decir que su padre lleva semanas borracho. Cada invierno se embota con alcohol etílico ruso y así pasa el *kaamos*, la estación oscura, hasta la llegada de la primavera; e incluso su sobriedad se mide sólo en comparación con su coma etílico

invernal. Me pregunto si su madre realmente no puede hablar, o si está tan harta que se ha quedado sin nada que decir.

—Dadles recuerdos. Y vosotros procurad no meteros en líos esta noche.

Kate aparece de la trastienda. Cojo nuestras bebidas y nos vamos a una mesa en la sección de no fumadores.

Le pongo el *ginger ale* enfrente, sobre la mesa.

—*Kiitos*. —«Gracias». Aún no habla finlandés, pero intenta usar las pocas palabras y frases que conoce—. No me iría mal una cerveza ahora mismo, pero supongo que tendré que esperar siete meses hasta la próxima.

Kate está embarazada de nuestro primer hijo. Me lo dijo hace dos semanas, cuando celebrábamos nuestros cumpleaños. Nacimos con once años menos dos días de diferencia, en rincones opuestos del mundo.

Su fachada de mujer dura ha desaparecido. Está temblando.

—Tuuli no es una persona agradable —confiesa.

—Es una ladrona. ¿Por qué no me pediste que la detuviera?

—Recuperar la pequeña cantidad que robó no compensaría la mala prensa que nos daría el robo por parte de una empleada. Correría la voz. Por eso la despedí delante de Jaska. Si alguien más está robando, dejará de hacerlo.

—¿Tienes el día libre mañana? —pregunto—. Podrías tomártelo.

Kate esboza una sonrisa coqueta.

—Me voy a esquiar.

No me gusta la idea, pero no se me ocurre ninguna objeción razonable.

—¿Crees que es buena idea?

Me coge la mano. Antes de conocer a Kate, no me gustaban las muestras de afecto en público, pero ahora no recuerdo por qué.

—Estoy embarazada —puntualiza—, no tullida.

De hecho, ambos estamos algo tullidos. Yo, de un disparo; Kate, de un accidente de esquí que le destrozó la cadera. Ambos cojeamos.

—Bueno, pues yo me iré a pescar en el hielo.

Ella cierra los ojos un segundo, deja de sonreír y se frota las sienes.

—¿Te encuentras bien?

—Cuando vine a Finlandia por primera vez —responde, con un suspiro—, para la entrevista de trabajo, era verano. El sol brillaba veinticuatro horas al día. Aquí todo el mundo parecía contentísimo. Me ofrecieron un montón de dinero por dirigir Levi, una gran oportunidad desde un punto de vista profesional. El Círculo Polar Ártico me pareció un lugar exótico y emocionante para vivir.

Baja la mirada y la posa en la mesa. Kate no es muy dada a quejarse. Quiero saber qué tiene en la mente, así que la azuzo:

—¿Y qué es lo que ha cambiado?

—Este invierno me da la impresión de que el frío y la oscuridad nunca acabarán. Ahora me doy cuenta de que la gente no estaba contenta, sino sólo bebida. Eso me deprime. Es terrible. Pasar el embarazo en Finlandia me da miedo, siento nostalgia de Estados Unidos. No sé por qué.

12 Son las dos y media de la tarde del dieciséis de diciembre. No volveremos a ver la luz del sol hasta el día de Navidad, y aun así no será más que un atisbo. Tiene razón. Así son las cosas en invierno: un montón de bebedores deprimidos congelándose en una noche eterna. El *kaamos* aprieta duro. Entiendo que el embarazo la haga sentirse vulnerable y que le asuste.

Suena mi teléfono móvil.

—Vaara.

—Soy Valtteri. ¿Dónde estás?

—En el Hullu Poro con Kate. ¿Qué pasa?

No responde.

—¿Valtteri?

—Ha habido un asesinato, y estoy mirando el cuerpo.

—¿Quién es?

—Estoy bastante seguro de que es Sufia Elmi, esa estrella negra del cine. Está en muy mal estado, en un campo junto a la finca de Aslak, a unos treinta metros de la carretera.

—¿Hay alguien contigo?

—Antti y Jussi. Son los agentes de guardia.

—¿Hay algo que requiera atención inmediata, algún sospechoso?

—No, no creo.

—Entonces precinta la escena del crimen y espérame.

Cuelgo.

—¿Problemas? —pregunta Kate.

—Parece que sí. Han matado a alguien en un campo nevado junto a la granja de renos de Aslak Haltta.

—¿Donde nos conocimos?

—Sí.

Me mira y leo dolor en sus ojos.

—Ojalá no tuvieras que ir.

No me había dado cuenta de lo mucho que me necesita ahora mismo, y no quiero dejarla.

—Ojalá. ¿Podemos hablar luego?

Asiente, pero la tristeza se refleja en su cara cuando le doy un beso de despedida.

14 Salgo a la oscuridad del exterior y el frío me quema en la cara. Respiro hondo para aclarar la mente, siento que se me congela el vello nasal, echo un vistazo al reloj. Son las dos y cincuenta y dos de la tarde. Llamo a Esko Laine, el forense de la provincia, y le digo que ha habido un asesinato y que se reúna conmigo en la escena del crimen. Se disponía a ir a la sauna, parece que ha bebido un poco y que no le hace ninguna gracia.

Al salir del aparcamiento del Hullu Poro, el coche resbala sobre el hielo. Enciendo un cigarrillo y abro la ventanilla, a pesar de los cuarenta bajo cero. La nicotina y el frío son una buena combinación para activar el cerebro.

Finlandia tiene una población de sólo cinco millones y medio de personas, pero la tasa de crímenes violentos es muy alta. Por cápita, el índice de asesinatos es similar al de la mayoría de las grandes ciudades de Estados Unidos. La inmensa mayoría de nuestros crímenes se producen en el ambiente doméstico. Matamos a nuestros seres queridos, a nuestros maridos y nuestras esposas, a nuestros hermanos, padres y amigos, casi siempre en un ataque de rabia bañado en alcohol.

Pero este caso es diferente. En un país tan sensible a las insinuaciones de racismo como Finlandia, el asesinato de una mujer negra y famosa saltará a los titulares de todo el país. Nunca antes ha ocurrido. Si la muerta es la actriz Sufia Elmi, se me viene encima un gran problema.

A los finlandeses les afectan las relaciones interraciales porque la mayoría de ellos son racistas que no han salido del armario. Tal como le conté una vez a Kate, no es el racismo a cara descubierta al que está acostumbrada ella en Estados Unidos, sino un racismo callado. Es el dejar de lado a los extranjeros a la hora de los ascensos, el desprecio y el desdén generalizados. Le hice la comparación con la política. Los estadounidenses discuten muchísimo de política, pero van poco a votar. Los finlandeses raramente hablan de política, pero en las elecciones presidenciales la participación ronda el ochenta por ciento. No hablamos sobre el odio; odiamos en silencio. Es nuestra forma de ser. Lo hacemos todo en silencio.

He oído bromas sobre Sufia, a los obreros de la zona haciendo comentarios mientras se tomaban una cerveza, diciendo lo mucho que les gustaría tirarse a aquella negra despampanante de la tele, pero nunca nada en tono amenazador. Si tenemos suerte, el asesino de Sufia será un turista y podremos evitar las implicaciones culturales. Espero que sea un alemán. La aversión por los alemanes es algo que heredé de mis abuelos, que los odiaban por haber reducido a cenizas la mitad de la Laponia finlandesa durante la Segunda Guerra Mundial.

Durante la guerra, mi abuela encontró el cuerpo de un soldado alemán que había muerto congelado en la ladera de una montaña y lo arrastró hasta el valle para enseñárselo a sus amigas. Me dijo que fue el día más feliz de su vida. En mi trabajo resultan de lo más molestos. Los turistas alemanes roban de todo: cubiertos, saleros, molinillos de pimienta o, incluso, papel higiénico.

Sé algo sobre Sufia por los periódicos. Se ha labrado una carrera como actriz de serie B en el cine finlandés gracias tanto a su talento como a su aspecto, y pasa el invierno aquí, en Levi. La primera vez que la vi no pude evitar quedarme mirándola. Al principio me sentí violento, pero luego observé que provocaba aquella misma reacción en todo el mundo, incluso entre las mujeres.

Sufia llevaba un vestido de cóctel que no disimulaba en absoluto sus espectaculares pechos. Tenía una cintura tan estrecha que habría podido rodearla con las manos, y sus tacones altos estilizaban aún más sus torneadas piernas de gacela.

Su negra piel carecía de imperfección alguna y su rostro angelical era una combinación de juventud, belleza e inocencia. Tenía ojos de azabache y una mirada siempre divertida que encandilaba a todo el que la veía.

Sufia es —o más bien era— una anomalía física, tan bella que parecía imposible que existiera una criatura como ella. Lo que parecía un don puede que también hubiera sido lo que había llamado la atención de quien no debía y lo que había acabado con ella. Hay mucha gente en el mundo cuya primera reacción frente a la belleza es la de destruirla.

16 Salgo de la carretera y tomo el desvío que lleva a la granja de renos de Aslak Haltta, aparco junto al coche patrulla de Valtteri y me preparo para las horas que voy a pasar a la intemperie, mientras intento visualizar la escena del crimen. En el asiento trasero de mi Saab tengo un uniforme de campo de invierno hecho un fardo. El mono azul marino de la Policía es grueso y está forrado; debería darme el calor suficiente para hacer mi trabajo. Me lo pongo sobre los tejanos, el suéter y la ropa interior termoaislante.

El barrio en el que crecí empieza al otro lado de la carretera, a unos doscientos metros de allí. Tendremos que peinarlo durante la investigación. No hay duda de que mis padres disfrutarán actuando como si se les acusara de asesinato.

Desde este punto no veo más que nieve. Los faros del coche de Valtteri están encendidos para iluminar la escena del crimen, así que dejo encendidos también los míos. Abren un camino en la oscuridad, y veo a Valtteri de pie, veinte metros por delante de mí, con Jussi, Antti y Aslak. Abandono el calor del coche y saco del maletero las dos cajas de pescador en las que llevo el equipo de labores de campo.

Valtteri viene a mi encuentro abriéndose paso por entre la nieve. Es profunda, está cubierta de una capa dura, pero debajo es polvo, y avanza con dificultad, tambaleándose, hasta llegar al camino.

—No vayas todavía.

—¿Tan mal está?

—Tómame unos segundos y prepárate antes.

Valtteri es un laestadianista devoto; tengo la impresión de que esta demasiado obsesionado con el modo estricto en que sigue esa versión del luteranismo evangelista, pero es un buen tipo y un buen agente. Si tener ocho hijos e ir a la iglesia cada domingo y casi todas las tardes le hace feliz, pues perfecto. Enciendo una linterna y me encamino hacia la escena del crimen.

Cuando estoy a unos cinco metros, veo un cuerpo desnudo hundido en la nieve. Estoy seguro de que es Sufia Elmi. Cuando veo lo que le han hecho, entiendo por qué me ha advertido Valtteri. He investigado unos cuantos homicidios, pero nunca he visto nada tan cruel. Dejo las cajas de pescador en el suelo y me tomo un momento para reponerme.

A juzgar por las huellas en la nieve, parece que el asesino aparcó y luego arrastró a Sufia, o que la obligó a salir a rastras del coche. La nieve tiene un metro de profundidad, más o menos, y ella está hundida aproximadamente medio metro. Consiguió agitar los brazos lo suficiente como para crear una suerte de ángel en la nieve. Su cuerpo negro está encajado en aquel manto blanco manchado de rojo. Hay salpicaduras de sangre que llegan hasta dos metros del cuerpo. El cadáver se está comenzando a enfriar; su piel oscura empieza a cubrirse de una escarcha plateada brillante.

Otro coche se acerca desde la carretera; me imagino que es Esko, el forense. Los agentes de guardia, Antti y Jussi, están ahí de pie, tiritando, aunque llevan, como yo, gruesos uniformes de campo, gorro y guantes. No parece que puedan ser de utilidad y podrían contaminar la escena del crimen pisoteándola al moverse sin cesar para mantenerse calientes. Le digo a Jussi que recorra el camino hacia la carretera y busque pruebas que hayan podido tirar por ahí. Si hay alguna, será fácil encontrarla con la luz de la linterna reflejada sobre la nieve virgen.

Antti es nuestro mejor dibujante. Saco papel milimetrado y un lápiz de una de mis cajas y le pido que me haga bocetos de la escena del crimen, algo nada fácil con este frío penetrante. Se mete calentadores químicos dentro de los guantes para evitar que los dedos se le queden rígidos y se pone a dibujar.

Esko se acerca y saluda con un gesto; no dice nada. Le pido que eche un vistazo.

Saco dos cámaras de las cajas, una de carrete y la otra digital, un par de *flashes* externos y una grabadora. Aquí el invierno es una noche eterna, pero la nieve refleja la poca luz que hay y cubre todo de un apagado tono grisáceo. Uso una Leica M3 con carrete para tomar fotografías del entorno. Las viejas Leica están bien hechas y no usan pilas, así que casi nunca fallan a causa de las condiciones atmosféricas.

Tomar fotografías con nieve no es fácil. Si usas una antorcha o un flash en un ángulo de más de cuarenta y cinco grados, todo queda oculto por el fognazo. Tiene que hacerse con filtros polarizadores y con la luz al nivel de la nieve. Le doy las cámaras a Valtteri.

—Sabes cómo hacerlo, ¿verdad?

Valtteri asiente; empieza a situar los *flashes* externos.

—Iba a llevar a mis hijos a cazar ciervos mañana —comenta—. Ahora no creo que tenga estómago.

Yo tampoco lo tendría.

18

—Toma fotos con ambas cámaras —le indico—. Quiero la nieve lo más intacta posible para que las pruebas no se hundan, así que intenta caminar sobre tus propias huellas.

Me froto las manos sin quitarme los guantes para intentar calentármelas. Raramente hace este frío, ni siquiera aquí, en la parte baja del Círculo Polar Ártico, y el efecto que produce es curioso. Algunas sensaciones se potencian y, al mismo tiempo, otras quedan mermadas. Las partes del cuerpo expuestas a la intemperie primero arden, luego duelen, luego quedan insensibles. Los sentidos del tacto y del olfato desaparecen. El frío me hace llorar y las lágrimas se me congelan en las mejillas. Tengo que entrecerrar los ojos, cosa que dificulta la visión. Todo está inmóvil; los pájaros no cantan.

Habría silencio, pero el frío tiene un sonido propio. Las ramas de los árboles se congelan enteras y se rompen por el peso de la nieve con un ruido que recuerda al de un disparo con silenciador. La nieve se congela y queda tan dura que la superficie exterior se contrae y adopta una textura pedregosa. Se me quiebra bajo los pies, aun cuando creo que no me estoy moviendo.

Estamos en un campo situado a unos treinta metros al este de la carretera principal. Unos veinte metros al norte hay un cobertizo con un redil en el exterior para los renos enfermos o las hembras de parto. Aslak tiene miles de renos, y le han proporcionado un cómodo estilo de vida. Su casa, un elegante rancho de ladrillo, está otros cien metros al noreste. De las ventanas cuelgan luces de Navidad que parpadean. Al sur y al oeste no hay más que campos yermos y bosques helados.

La imagen es de aislamiento, de desolación. Parece un lugar ideal para un asesinato. Me imagino al asesino dejando la carretera principal, apagando el motor y las luces y deslizándose hasta pararse por el camino. El cielo está cubierto de nubes; no hay luna ni estrellas que iluminen esta oscura tarde. Las casas más cercanas están a una distancia equivalente a un campo de fútbol en una dirección, y a dos campos de fútbol en la otra. El asesino ha tenido intimidad y tiempo. Si oía algún ruido o veía alguna luz, lo único que tenía que hacer era arrancar el coche y salir de allí antes de que lo vieran.

Aslak mira a Sufia, apoyado en una escopeta, mientras fuma un cigarrillo que se ha liado él mismo. Yo me lo llevo a unos metros del cuerpo y me enciendo otro.

—¿Has visto algo?

—No mucho. Salí a dar de comer a los perros y vi unos faros. Volví a casa a buscar la escopeta —tiene en la mano una Mossberg del 12— y me acerqué a ver qué pasaba. Cuando llegué, el coche se iba. Y entonces la vi a ella. Llevaba el teléfono móvil encima, así que llamé a la Policía.

—¿Qué tipo de coche era?

Aslak no parece afectado en absoluto. Lo conozco desde la infancia. Es un pastor de renos *sami*, un lapón finlandés nativo y un tipo duro.

—Estaba bastante lejos. Era de tipo sedán.

—¿Cuánto hace que se fue?

Aslak comprueba el reloj.

—Cincuenta y dos minutos.

Echo una mirada a Valtteri.

—¿No has establecido puestos de control de carreteras?

—Lo único en lo que pude pensar fue en llamarte.

—Y yo te pregunté si había algo que requiriera atención inmediata.

Cagada número uno. Si el caso va mal, no culparan sólo a Valtteri, sino que también me echarán la culpa a mí, puesto que estoy al cargo. Está avergonzado, así que no le aprieto.

Valtteri y yo cogemos unos palos y los clavamos en la nieve. Sacamos la cinta de precintar y marcamos unos cuantos metros de las huellas del automóvil; luego hacemos lo mismo con una zona cuadrada de diez metros alrededor del cuerpo. Las huellas cubren una distancia de unos cinco metros entre el cuerpo y la marca de los neumáticos del coche. Precintamos también esa zona para poder sacar moldes con cera más adelante.

20 Hace un par de días que nadie ha quitado la nieve del camino, que está cubierto con varios centímetros de nieve polvo. Si están en buenas condiciones, las huellas de un coche son tan características e identificables como las dactilares. Éstas parecen lo suficientemente claras como para determinar el fabricante y el modelo, pero quizá no el tipo de neumático exacto. Las huellas de pisadas están en una zona de nieve muy profunda y no arrojarán mucha información, pero podemos sacar una talla de zapato. Esko espera a que acabemos antes de iniciar su investigación.

Sufia ha perdido su belleza. Lo que queda de ella cuenta la historia de una muerte agonizante. Mi primera tarea es describir este horror en detalle. Me produce tristeza y una sensación de incompetencia, porque la única persona capaz de describir este nivel de sufrimiento sería la propia Sufia. Valtteri empieza a tomar fotos. El *flash* estalla cada pocos segundos y cubre de luz la sangre, la nieve y a Sufia, y yo me siento como si estuviera viviendo en una fotografía en blanco y negro con mucho grano.

Pongo en marcha la grabadora. Esko saca un cuaderno y un bolígrafo. Me dispongo a hacer una descripción verbal mientras él hace la escrita, por el mismo motivo que Antti dibuja mientras Valtteri toma fotografías: para eliminar la posibilidad de que se pierda documentación. Hundo la rodilla en la nieve, a su lado.

—Dime si me dejo algo.

Él asiente. Recorro el cuerpo de la víctima con el haz de luz de la linterna y empiezo:

—Reconocimiento general. Cuerpo desnudo. La víctima es una mujer negra. Tiene un cordón... —me quito el guante, alargo la mano y lo toco— de seda o de algún material sintético similar alrededor del cuello, y las ligaduras hacen pensar que se ha usado como instrumento de control. La nieve está removida por la zona de cinco metros que separa las huellas del coche y la ubicación del cuerpo. Parece que la víctima se arrastró o fue arrastrada desde el vehículo a su ubicación actual.

—Yo diría que fue arrastrada —interviene Esko.

—Más allá de las inmediaciones del cuerpo y de la trayectoria de arrastre, la nieve está intacta. Tiene los brazos levantados en un ángulo de cuarenta y cinco grados por encima de la cabeza y las piernas abiertas, y las marcas en la nieve indican que se revolvió al ser atacada por el asesino. De haber pruebas en el lugar, como otras armas o sus ropas, serían claramente visibles, y no es así. La víctima está mutilada. El rostro está desfigurado, pero la reconozco. Es la actriz Sufia Elmi. Sobre el vientre le han escrito con cortes en finlandés, las palabras: «zorra negra»: «*NEEKERI HUORA*».

Se han confirmado mis peores temores. Es un crimen motivado por el odio. Es difícil creer que alguien pudiera odiarla tanto. La cuestión, pese a las palabras grabadas en el vientre, es qué pudo inspirar un odio así. ¿Fue su raza, su belleza..., o algo más?

—Han roto una botella de medio litro de cerveza Lapin Kulta por el cuello y la han introducido por el lado cortante, girándola y cortando, en el interior de la vagina de la víctima. No se observan fragmentos de vidrio de la botella rota. La víctima ha sido golpeada con un objeto romo que le ha dejado una contusión en la frente.

—Fue golpeada dos veces. Probablemente con un martillo de carpintero —apunta Esko, que se agacha y se pone a mi lado.

Asiento.

—Probablemente con un martillo de carpintero. Le han sacado los ojos, posiblemente con la botella rota. También le

han cortado un trozo superficial de piel del pecho derecho, de unos ocho por once centímetros, y se encuentra junto a la víctima, cerca de su hombro izquierdo. Un largo y profundo corte le atraviesa el bajo abdomen. Y le han cortado la garganta. La limpieza de estos cortes sugiere que para infligir esas heridas el asesino usó un arma afilada, no la botella de cerveza.

—Dejó el fragmento del pecho —observa Esko—. No es de los que se llevan trofeos.

—Por lo menos parece que se han usado tres instrumentos para mutilar a la víctima: uno romo y pesado, tal como se desprende de los dos golpes de la cabeza, y dos afilados, uno la botella de cerveza y el otro un arma afilada.

—Yo diría que es un cuchillo de caza serrado —apunta Esko.

—¿Me he dejado algo? —pregunto.

—No creo.

Algo brilla a la luz de mi linterna. Me acerco a ella.

—¿Qué es eso que tiene en la cara?

—¿Dónde?

Le indico tres pequeñas rayitas.

—Junto a la nariz, en la mejilla.

—No sé.

—¿Crees que le escupieron?

—No parece tener la viscosidad de la saliva.

—Si fuera blanca, ni siquiera se vería. Y aun así apenas se ve. Asegúrate de tomar una muestra para analizarla. ¿Algo más?

Esko dice que no con la cabeza. Coge las manos a la víctima, con cuidado de que no se caiga la nieve alojada bajo las cuidadas uñas, las analiza y las envuelve con bolsas de plástico. Toma muestras de sangre de diferentes puntos de la nieve, alrededor del cuerpo, y una muestra del líquido del rostro.

—Oye, Kari, a mí esto me supera —confiesa—. Nunca me he enfrentado a algo así. Esto va a convertirse en noticia de repercusión internacional y tengo miedo de cagarla.

Le agradezco su sinceridad. Hace mucho que yo mismo no llevo una investigación complicada por asesinato. Además, es casi Navidad y cuatro de nuestros ocho agentes están de vacaciones. Ni siquiera tenemos un turno de noche; vamos rotan-

do cada día. Hasta el recepcionista está de vacaciones. Es un momento ideal para cometer un asesinato. Un lugareño lo sabría, y eso me preocupa.

—Tenemos las huellas del coche —respondo—, y del cuerpo sacaremos un montón de pruebas. Lo resolveremos.

Nos arrodillamos en la nieve y nos miramos el uno al otro durante unos segundos, ambos sin palabras. Desde el cercado exterior al cobertizo, una hembra de reno preñada nos mira con desgana. Aslak está de pie, no muy lejos de allí, liándose un cigarrillo. Ojalá esto no hubiera sucedido. Desearía estar en casa con Kate, apoyar mi mano en su vientre e imaginar a nuestro hijo creciendo en su interior. Miro hacia el otro extremo del campo nevado; la casa de Aslak es una sombra en la distancia. Hace casi un año y medio, Kate y yo nos conocimos en su patio trasero.

En Finlandia, los *sami*, los lapones, sufren muchísimo los prejuicios de la gente, al igual que los esquimales en Alaska. Cada año, coincidiendo con el solsticio de verano, Aslak celebra una gran fiesta e invita a amigos, a vecinos y a los miembros más destacados de la comunidad. Quizá sea un modo de demostrarse a sí mismo y a los demás lo lejos que ha llegado a pesar de tener tanto en contra. Quizá sea un modo de decir: «Jodeos, soy *sami* y, aun así, más rico que vosotros». Sigue su propia tradición para el solsticio: asar un reno entero en un asador, igual que otros asan un jabalí. Es algo que sólo le he visto hacer a él.

Kate y yo nos encontramos en la fiesta de Aslak. Se estaba haciendo tarde, pero ésta es la tierra del sol de medianoche, y en verano, especialmente tras unas cuantas copas, es fácil perder la noción del tiempo debido a la constante luz del sol. Toda la noche da la impresión de que es media tarde. Oí una voz que hablaba en inglés y vi que pertenecía a una pelirroja alta que estaba al otro lado del prado. Era la mujer más guapa que había visto nunca. Kate estaba de pie entre un grupo de gente, hablando con una tal Liisa, ayudante de dirección del Levi Center. Liisa y yo habíamos salido un par de veces años atrás, pero de aquello nunca salió nada serio. Me acerqué. Estaban achispadas.

—Kari, te presento a Kate Hodges —dijo Liisa—. Ha veni-

do a Finlandia a una entrevista para el puesto de directora general del Levi Center. Kate, este es Kari Vaara. Es el jefe de Policía. Su nombre en inglés se traduciría como *Rock Danger*.

Kate estalló en una carcajada:

—¿*Rock Danger*, como un personaje de una película cutre?

Yo nunca había pensado en ello, y la idea también me hizo reír.

—Podía significar eso, sí. *Kari* significa «roca», «montículo», «bajío» o «acantilado». *Vaara* significa «colina», «peligro», «riesgo» o «escollo». Así que también podría llamarme *Acantilado Colina* o *Bajío Escollo*. Lo mires por donde lo mires, la traducción suena horrible. Te prometo que en finlandés suena mejor.

—Hablas perfectamente en inglés —observó Kate.

—Kari es un tipo listo —dijo Liisa—. También habla sueco y ruso.

—El ruso lo hablo muy mal —dije yo.

24 —Estaba hablándole a Kate del solsticio —dijo Liisa—. Le explicaba que también es el Día de la Bandera en Finlandia, que tradicionalmente vamos a la sauna y hacemos una gran hoguera a medianoche. ¿Me dejo algo?

—El día del solsticio es el más largo del año, y una fiesta pagana de luz —añadí yo—. Con la cristianización se convirtió en una celebración de la natividad de san Juan Bautista. Pero en finlandés se le llama *Juhannus*. Para los paganos era una noche cargada de fuerza, sobre todo para las jóvenes que buscaban marido, tener hijos, o ambas cosas. El fuego de la hoguera se relaciona con las creencias sobre la fertilidad, la limpieza del alma y la eliminación de los espíritus malignos.

—*Rock Danger*, pareces un hombre muy culto —dijo ella.

—Soy una gran fuente de información inútil —respondí con una sonrisa.

Kate se llevó a Liisa unos pasos más allá. Se pusieron a cuchichear; yo me encontré rodeado de un grupo de gente borracha que engullía reno asado y ensalada de patata servidos en platos de papel; observé a Kate, y volví a pensar en lo guapa que era. Ella y Liisa pusieron fin a su parloteo y volvieron a acercarse.

—Así pues, ¿eso de la fiesta pagana quiere decir que duran-

te el solsticio las mujeres pueden invitar a salir a los hombres?  
—preguntó Kate.

—Seguro que sí.

El alcohol la había animado y, durante su charla, Liisa había intentado enseñarle una frase en finlandés:

—*Komea mies, lähtisitkö ulos ja pane minua syömään?*

Su pronunciación era algo rara, pero lo que dijo quedó bastante claro. La gente a nuestro alrededor se puso a reír y yo sentí que me ponía rojo. Ella quería decir: «Guapo, ¿te gustaría salir a cenar conmigo?», pero lo que le salió fue algo como: «Guapo, ¿te gustaría salir y follar conmigo para cenar?».

Kate también se ruborizó.

—¿Qué es lo que he dicho mal? —preguntó.

Lisa se lo susurró al oído.

Kate se estremeció, como si estuviera a punto de echarse a llorar. Se alejó del grupo, que aún seguía riéndose.

Fui tras ella. Se giró y me miró, avergonzada.

—Me encantaría invitarte a cenar —dije yo.

Cuando se dio cuenta de lo gracioso de la situación, consiguió esbozar una sonrisa.

—Están a punto de encender la hoguera —añadí—. ¿Quieres venir a verla conmigo?

—Eso estaría muy bien —respondió. Y me cogió la mano; eso me sorprendió. Empezamos a caminar—. Cojeas —observó—. ¿Cómo es eso?

—Me dispararon. ¿Y cómo es que tú también cojeas?

—Me caí.

Nos cogimos de la mano y contemplamos la hoguera en silencio. Más tarde le pregunté a Kate si querría venir a mi casa a tomar una copa.

—¿Dónde vives? —preguntó ella.

—A un *poronkusema* de aquí, más o menos.

—¿Y eso cuánto es?

—Un *poronkusema* es una medida de distancia lapona que significa «un pipí de reno». Los renos no pueden orinar mientras tiran de un trineo, y si no paras y les dejas orinar de vez en cuando pueden desarrollar una obstrucción del tracto urinario. Un *poronkusema* son unos quince kilómetros, unos treinta minutos en trineo.

—Realmente eres una gran fuente de información inútil.

Fuimos a mi casa. Seis semanas más tarde estábamos prometidos. Nueve meses después estábamos casados.

Resulta difícil creer que este lugar, escenario de una situación que me trajo una felicidad tan grande, sea ahora el lugar donde se ha producido una tragedia de tal envergadura. Vuelvo a bajar la vista al cadáver destrozado de Sufia.

—Esko...

—¿Sí?

Tengo que preguntárselo, pero me asusta oír la respuesta:

—¿En qué medida crees que fue consciente de todo lo que le hicieron?

—Está tan mal que no podría decírtelo sin practicarle antes la autopsia. Yo me he preguntado lo mismo. Aun así, aún podría haber sido peor.

—¿Cómo?

Se pone en pie y se sacude la nieve de los pantalones.

—Si no hubiera muerto.

26 Vuelvo a bajar la mirada hacia Sufia, el ángel en la nieve. Su cara se transforma y me imagino a Kate desnuda y martirizada, asesinada en un campo nevado. La sensación de tristeza que me había invadido antes vuelve a aparecer; entonces, por primera vez en mi vida, lamento que en Finlandia no haya pena de muerte.

La escena del crimen ya ha sido estudiada y se han llevado el cuerpo de Sufia Elmi. Hemos entrado en casa de Aslak un rato para calentarnos, pero aun así sigo congelado hasta los huesos. Soy el último que se va, y me quedo de pie, temblando. Levanto la vista. El viento ha disipado las nubes y la noche se ha cubierto de estrellas. Hay luz suficiente para ver sin usar la linterna, así que la apago.

27

La cinta amarilla y negra que delimita la escena del crimen parece fuera de lugar en una granja de renos. El lugar donde yacía el cuerpo de Sufia es ahora un agujero manchado de sangre en la nieve, como una órbita ocular vacía. El lugar quedará irreconocible al cabo de muy poco tiempo, cuando los animales del bosque huelan la sangre y vengan a curiosear. No importa. En cualquier caso, quedará cubierto de nieve fresca muy pronto.

Hace años, mientras preparaba mi tesis de maestría, fui a Nueva York a pasar un semestre como estudiante de intercambio. Lo que me impresionó más fue el cielo. En ese rincón del mundo, tan lejos del Polo Norte, el cielo es plano y gris, un universo unidimensional. Aquí, el cielo es curvo y casi no hay polución. En primavera y otoño el cielo es azul oscuro o violeta, y las puestas de sol duran horas. El sol se convierte en una tenue bola naranja que transforma las nubes en torres rojas y violetas de bordes plateados. En invierno, durante veinticuatro

horas al día, innumerables estrellas salpican la bóveda celeste de la gran catedral en la que vivimos. Los cielos de Finlandia son el motivo por el que creo en Dios.

Son casi las diez de la noche. Las horas pasadas al raso me han dejado tan entumecido que me cuesta moverme. La rodilla mala se me ha quedado tan rígida que voy arrastrando la pierna izquierda, más que caminar con ella. Cojeo a lo largo de todo el sendero, hasta llegar a la carretera.

Al otro lado de la carretera, siguiendo un estrecho camino, se encuentra un vecindario de dieciséis casas llamado Marjakylä, «poblado de las bayas». Camino los doscientos metros, como he hecho tantas otras veces, por el camino sin asfaltar. La nieve apartada al limpiar el camino ha creado a ambos lados unos muretes que indican el camino que lleva al poblado. La gente que habita este lugar raramente entra o sale de aquí. Vive en su pequeño mundo, año tras años, en pequeñas casas de madera. Lo único que cambia es su edad.

28 Voy de casa en casa, explicando que se ha cometido un asesinato. La gente levanta las cejas y suelta «*oho*», expresión de sorpresa en nuestro idioma; luego me dicen que no han visto nada. Este recorrido me lleva cada vez más cerca de mis padres y sus vecinos, los personajes de mi infancia.

El patio de Big Mikko está iluminado con luces de obra que se reflejan en la nieve y anulan el efecto de las guirnaldas de luces de Navidad dispuestas por las casas. Está en un cobertizo con un calefactor de queroseno y, como siempre, está construyendo algo. Un motor de dos tiempos defectuoso apesta a aceite quemado y emite un traqueteo metálico porque uno de los pistones no funciona. Le pregunto en qué está trabajando. Una máquina planchadora, para que su mujer no tenga que plancharle las camisas. No ha visto nada.

Llamo a la puerta de los Virtanen. A través de la ventana delantera veo a la madre de Kimmo y de Esa, Pirkko, sentada en un sillón. No se mueve. Tanteo el pomo de la puerta; está abierta. La casa huele a moho y a orina. Los dos están incommunicados: Pirkko por su apoplejía, y su marido, Urpo, porque está desmayado, en el suelo de la cocina. Le digo hola a Pirkko. Parpadea, indicando que me reconoce, pero no responde, así que me voy. Tendré que hablar con sus hijos.

A continuación pruebo con Eero y Martta. No están en casa; si siguen su costumbre, deben de haber salido a caminar.

En una ventana arden velitas de Navidad. Tiina y Raila me invitan a entrar, pero me guardo mucho de aceptar. Tiina tiene cuarenta y dos años y es anoréxica, por lo que se le han caído todos los dientes, y no puede pagarse una dentadura, pero ha aprendido a sonreír de tal modo que no se vea. Desde su adolescencia, pasea por el poblado empujando un carricoche con una muñeca dentro.

Raila, la madre de Tiina, es alcohólica. Se mantuvo sobria veinte años, hasta su cuadragésimo cumpleaños, cuando decidió tomar sólo una copa. Los últimos treinta años ha vivido una pesadilla de psicosis alcohólica combinada con un fervor religioso. Recuerdo que, cuando yo era niño, ella se plantaba frente a nuestra casa, señalaba hacia dentro a través de la ventana y gritaba. Mamá me decía que no le prestara atención y que hiciera como si nada. Le pregunto si ha visto algún coche que no le resultara familiar.

—Éste es un día aciago —sentencia Raila—. Mi vida es un valle de lágrimas.

—Hemos estado viendo la tele todo el día —añade Tiina, sonriendo con su extraña mueca.

Dejo a mis padres para el final. Su casa está igual que hace veinticinco años, salvo por la instalación de cañerías. Se acabó el congelarse yendo a la caseta del jardín por las mañanas. Mamá y papá discutieron sobre eso durante años. Él se negaba por el gasto que suponía, pese a que nunca le faltara dinero para una copa. No obstante, al final ella acabó saliéndose con la suya.

De niño, como hacía tanto frío en la caseta del jardín, podía llegar a pasar dos semanas sin lavarme si me dejaban, y a veces incluso llegaba a hacérmelo encima, porque bajarme los pantalones en la caseta congelada resultaba tan duro que intentaba aguantar hasta el último momento.

Debe de haber unos quince relojes colgados de las paredes. No sé por qué a mis padres les preocupa tanto marcar el tiempo. El repiqueteo sincopado de todos esos segunderos me vuelve loco. Aún no han puesto ninguna decoración navideña. Siempre esperan hasta el último minuto. Nos sentamos en la cocina y les cuento lo del asesinato.

—Mamá, ¿has visto u oído algo raro hoy?

Mamá no trabaja. Papá nunca se lo permitió. Ella aún me llama por mi apodo de infancia:

—*Ei, Pikkuinen* —dice: «No, pequeño».

—¿Qué es lo que esperabas que oyera tu madre? —pregunta papá.

—No esperaba nada. Forma parte de cualquier investigación de asesinato.

Papá no está mal cuando está sobrio, pero cuando bebe pueden pasar dos cosas: o bien está eufórico, o bien se torna mezquino.

—¿Crees que tu madre no tiene nada mejor que hacer que sentarse junto a la ventana a mirar lo que pasa ahí fuera?

—No, no creo eso.

—Entonces, ¿crees que tu madre ha matado a una negra en la granja de Aslak?

—No, tampoco creo eso. —Me pregunto si va a quitarse el cinturón, como cuando era pequeño.

Papá recurre a una de sus expresiones favoritas:

30

—*Haista vittu* —me suelta; aquello quiere decir algo así como: «A oler coño». Un modo colorista de decirme que me vaya a la mierda. Su mente ebria deriva en otra dirección—. ¿Sabes algo de tus hermanos?

Mis tres hermanos se marcharon de casa en cuanto tuvieron edad suficiente.

—Hace tiempo que no.

—Por lo menos podrían llamar, después de lo que nos costó criarlos. Y tú también.

Papá, el mártir.

—Se acerca la Navidad. Tendrás noticias tuyas.

Mamá me pregunta si quiero algo de comer, y me doy cuenta de que estoy muerto de hambre. Calienta un resto de *läski-soosi*, una salsa oleosa hecha con tiras de tocino con poca sal que me encantaba de niño, y la extiende sobre unas patatas hervidas.

Mientras como, ella cotillea sobre los vecinos y comenta lo bien que le va a mi hermano Timo. Timo cumplió siete meses de prisión por contrabando cuando era joven, y desde entonces mamá le compensa con creces, hablando de él como si fuera un santo.

Papá sostiene en silencio un vaso de agua lleno de vodka. Recuerdo que hoy se cumplen treinta y dos años de la muerte de mi hermana; por eso se comporta como un capullo.

Aquel año el frío llegó tarde, pero cuando llegó, golpeó duro. Yo tenía nueve años; Suvi, ocho. Mamá era una clueca de una regularidad excepcional: cinco hijos en siete años. Papá quería ir a pescar al hielo. Suvi y yo le preguntamos si podíamos ir con él a patinar. Mamá le advirtió a papá que el hielo aún estaba muy fino, pero él la tranquilizó: «Kari cuidará de Suvi», le dijo.

Había caído mucha nieve, pero era un polvo seco. El viento la había barrido del lago, y el hielo estaba limpio y resbaladizo como el cristal. Era una tarde estrellada, y con el reflejo del hielo se veía casi como si tuviéramos luz de día. Papá hizo un agujero en el hielo y se sentó en una caja, para pescar mientras se iba calentando con una botella de whisky Three Lions.

Yo intenté cuidar de Suvi. Patinábamos rápido, hacia el centro del lago, pero la tenía cogida de la mano. Oí un crujido seco, sentí un tirón en el brazo, y ella había desaparecido. Tardé un segundo en entender lo que había ocurrido, y entonces tuve miedo de que el hielo se rompiera también bajo mis pies. A gatas, me acerqué al lugar por donde había caído Suvi, pero ella ya se estaba alejando. Lo último que vi de ella con vida fueron sus manitas tanteando el hielo y golpeándolo con los puños.

Me daba demasiado miedo zambullirme para ir a buscarla, y papá estaba demasiado borracho, así que no hicimos nada. Él se quedó allí sentado, llorando, y yo fui corriendo a buscar ayuda. Hicieron agujeros en el hielo y echaron redes de pesca por debajo. No llevó mucho tiempo: no había ido muy lejos. Cuando la sacaron, tenía en la cara una expresión de sorpresa, más que de dolor.

Siempre he sospechado que papá me culpa por la muerte de Suvi. Quizá por eso le costaba tan poco sacarse el cinturón. Sospecho que yo también lo culpo a él. Quizá mamá nos culpe a los dos. Me como el último bocado de *läskisoosi* y dejo el tenedor y el cuchillo en el plato. Mamá se ha quedado callada; ambos están perdidos en sus pensamientos. Le digo que esta-

ba delicioso y me despido de ella con un abrazo. Con una mano le aprieto el hombro a papá y le digo que nos veremos pronto.

En el camino de vuelta al coche, veo a Eero y a Martta, que vuelven de su paseo vespertino, envueltos en ropa para protegerse del azote del frío. Eero es un septuagenario pulcro, bien vestido y esquizofrénico. Vivió con su madre hasta la muerte de ésta, hace veinte años, y entonces contrató a Martta como ama de llaves. Nadie sabe si su relación es sexual o no, ni de dónde saca el dinero para tener un ama de llaves.

Por su aspecto externo, da la impresión de que Eero es homosexual. Martta es muy pequeña, achaparrada y de pelo gris. Los encuentro en lo alto de la carretera, frente al camino de entrada a la finca de Aslak. Están paseando al perro, un jack russell terrier que se llama *Sulo*. El animal va vestido con un suéter azul y rojo, y calza unas diminutas botas de fieltro. Les pregunto si han visto algo.

—Yo estaba hablando con un amigo por teléfono esta tarde y he visto salir un coche de la finca de Aslak —explica Eero.

32 Hay una cabina telefónica junto a la carretera. El teléfono está desconectado y lleva así años. Eero se pasa horas allí, pasando frío, hablando con amigos imaginarios, a veces tanto tiempo que con el aliento crea una capa de hielo sobre el auricular. Martta cortaba el cable periódicamente con la esperanza de que Eero dejara de echar monedas en el teléfono. La compañía telefónica por fin desistió de repararlo una y otra vez, pero lo dejó allí para que Eero pudiera seguir hablando solo.

—¿Qué tipo de coche? —le pregunto.

—BMW, BMW, BMW.

A veces repite las cosas. No me lo creo mucho.

—¿Qué modelo de BMW?

—Un sedán nuevo. Serie 3. Serie 3.

—¿Tanto conoces los BMW?

—Me gustan los coches.

Eero siempre tuvo una memoria superior a la de cualquier otra persona que conozco.

—Eero, ¿te acuerdas del 16 de mayo de 1974?

—Sí, claro.

—¿Qué pasó?

—Nada en particular. Era jueves, estaba templado.

Llegaron dos catálogos por correo. Tu padre se emborrachó y se la pegó con la bicicleta.

Eso lo recuerdo. Estoy impresionado.

—¿De qué color era el BMW?

—Yo estaba hablando, no prestaba atención. Oscuro.

—¿Y era nuevo?

—Bastante nuevo.

—¿Viste quién conducía?

—Estaba demasiado oscuro. No lo vi, no lo vi.

—Bueno, muchas gracias. —Me agacho y le doy una palmadita a *Sulo*—. ¿Te importa si vuelvo otro día a hacerte más preguntas?

—En absoluto. Me gusta tener compañía.

—Siempre eres bienvenido en casa —añade Martta, cogiéndole la mano.

Es un buen inicio. Me abro paso por el callejón helado, sacudiendo la cabeza, imaginándome a Eero en su posición.

34 *H*ace días que no he limpiado de nieve el camino de acceso a casa, y cuando llego tengo que empujar la puerta del garaje con fuerza para vencer la resistencia de la nieve y abrirla. Abro el motor del Saab y saco la batería. Si no lo hago, por la mañana el coche no arrancará. Entro en casa, dejo la batería en el suelo del recibidor, cierro la puerta tras de mí y me aísló del mundo.

Como todo buen finlandés, me quito los zapatos antes de cualquier otra cosa. A veces, Kate aún se olvida de quitarse los suyos al entrar, y tengo que recordárselo. Ir calzado en casa es una costumbre de bárbaros. Las luces del árbol de Navidad parpadean al otro lado de la sala. La mayoría de los finlandeses ponen el árbol poco antes de Nochebuena, pero Kate ha querido hacer las cosas al estilo estadounidense, por lo que el nuestro ya está montado. Odio tener que admitir que alegra la casa.

Yo ya he estado casado antes. Tras el divorcio, estuve soltero trece años, ganaba bastante dinero y no tenía nada en que gastármelo, así que me compré esta casa y me rodeé de cosas bonitas: caros muebles daneses, un televisor plano de treinta y dos pulgadas que apenas veo, montones de libros y de CD, así como el Saab nuevo que tengo frente a la casa. Pensé que era feliz, pero sólo estaba satisfecho. No sabía lo que significaba la felicidad hasta que encontré a Kate. O quizá lo había olvidado. Después de ver el cuerpo masacrado de Sufia Elmi, me parece que no tengo derecho a ser feliz.

Me quito las capas de abrigo, dejo la pistola y la cartera sobre la mesita, saco una cerveza de la nevera y me dejo caer en el sofá. Kate baja las escaleras sin hacer ruido, vestida con unas medias y una camiseta demasiado grande. Es casi tan alta como yo y sólo pesa cincuenta y cinco kilos. Tiene veintinueve años y, a pesar de su cojera, se mueve con gracia y elegancia. Yo tengo cuarenta, alguna cana en las sienes y la constitución del jugador de *hockey* que era antes. A su lado, me siento como un oso.

—¿Te he despertado? —le pregunto.

—No estaba durmiendo. Quería estar despierta cuando llegaras.

Se sienta a mi lado, me da un beso, agarra mis rechonchos dedos con los suyos, tan finos. Tiene los ojos rojos e hinchados.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—He estado leyendo.

No insisto. El *kaamos* es duro para todos. Todos nos deprimimos en esta época del año. Además, está embarazada, y la alteración hormonal no ayuda mucho.

—¿Qué tal tú? —pregunta ella.

No sé por dónde empezar.

—Sufia Elmi, esa actriz somalí de películas de serie B, ha muerto.

—No tienes buen aspecto.

Me froto la cara, intento disimular la tensión.

—Alguien la ha mutilado y le ha escrito en el cuerpo «zorra negra», con un cuchillo.

Kate levanta las piernas, se hace un ovillo y me rodea con un brazo.

—La he visto en el Hullu Poro. Era muy guapa. —Cuando Kate usa una palabra finlandesa, suena raro, demasiado suave, como si un gorrión intentara graznar como un cuervo.

—He visto otros asesinatos, accidentes de coche graves..., pero nada igual a esto.

—¿Tienes alguna idea de quién ha sido, o por qué?

Le doy un sorbo a la cerveza.

—Un crimen sexual, racista, o quizás ambas cosas. Aún es difícil de decir. —Ella me mira y lee el dolor en mis ojos. No quiero que lo vea, pero no sé cómo esconderlo—. No puedo entender cómo un ser humano puede hacerle algo así a otro.

Kate se acurruca junto a mí.

—¿Quieres hablar de ello? —propone.

Nos quedamos sentados, en silencio, durante un rato.

—¿Ha sido donde nos conocimos? —pregunta.

—Ha sido en el campo que hay frente a la casa de Aslak, a unos cien metros, frente a Marjakylä. Tras registrar la escena del crimen, he tenido que pasar por las casas del barrio de mis padres. Un gustazo, vamos. Papá se ha comportado como si yo estuviera acusando a mamá de asesinato.

—Siempre es de lo más educado cuando estoy yo.

—Tú eres extranjera. Tiene miedo de lo que no entiende. Le intimidas y, cuando tú estás por ahí, se comporta lo mejor que puede para ocultarlo.

—A mí hay algo en él que también me asusta —concuerta ella—. ¿Estaba muy bebido?

—Bastante.

36 Por su expresión, se nota que se solidariza conmigo. El padre de Kate está muerto, pero también era un borracho, así que no tengo que añadir nada más. Kate tuvo una infancia difícil. Creció en Aspen, en el estado de Colorado. Su madre murió de cáncer cuando ella tenía trece años. Su hermano y su hermana tenían siete y ocho años, respectivamente.

La muerte de su madre dejó destrozado a su padre; aunque no era un tipo mezquino, como mi padre, no pasaba mucho tiempo en casa. Prefería pasarse las tardes en los bares. Kate tuvo que criar a sus hermanos, cocinar, limpiar la casa y perseguir a su padre para que le diera dinero para comprar de comer.

Pero su padre al menos hizo algo bueno por ella. Era mecánico, y trabajaba en una estación de esquí, donde se ocupaba del mantenimiento de los remontes, por lo que ella disponía de clases de esquí y remontes gratis. Se convirtió en una esquiadora alpina fantástica. Con el tiempo ganó varias competiciones importantes y llegó a soñar con competir en los Juegos Olímpicos.

Un día, a los diecisiete años, estaba tomando parte en una carrera, a más de ciento cincuenta kilómetros por hora. Se cayó, se rompió la cadera y se pasó semanas en tracción. Final del sueño. No pudo volver a competir y perdió lo único que le

apasionaba. Aun así, se volvió más dura, consiguió una beca y estudió, se convirtió en una mujer de negocios y triunfó en el sector de la gestión de estaciones de esquí.

Al pensar en la familia de Kate, la mente se me va de nuevo a Suvi. Nunca le he hablado de mi hermana muerta a Kate. A lo mejor tengo miedo de que ella también me culpe por lo que pasó.

—¿Quieres que te prepare algo de comer? —me pregunta.

—Mamá me ha dado de cenar.

Me rodea con sus brazos y me besa en los ojos.

—Entonces vámonos arriba.

Kate me coge de la mano y me guía hasta la cama. Desnuda, trepa sobre mí. Sus largos brazos y sus piernas me envuelven, sus largos cabellos rojizos me caen sobre el rostro. A pesar de lo ocurrido hoy, no puedo evitar desearla. Siempre la deseo. Quizás haber sido testigo de la muerte de Sufia me provoca un deseo de disfrutar de la vida. A Kate aún no se le nota el embarazo, pero besarle en el vientre me hace pensar en nuestro hijo, que crece en su interior. Ella presiona su boca contra la mía, me pasa la lengua por los labios. Siento mi excitación crecer y su respiración que se agita.

Hacemos el amor, y yo me duermo. Lo siguiente que noto es que Kate me despierta, agitándome:

—Tenías una pesadilla.

La imagen aún flota tras mis ojos. Yo tenía nueve años y estaba en el dormitorio que compartía con mi hermano. Sufia Elmi estaba sentada en una silla junto a mi cama. Mi hermana Suvi estaba de pie a su lado. Papá me bajaba los pantalones y me pegaba con el cinturón. Sufia y Suvi miraban, cogidas de la mano. Sufia, desnuda y maltrecha, pronunciaba palabras que yo no entendía.

—¿Qué estabas soñando? —pregunta Kate.

—No lo recuerdo.

—Pues yo he tenido un sueño maravilloso. Tenía dieciséis años, era antes de romperme la cadera. Estaba en una competición de esquí. Sentía como si volara.

Temo que llegue la hora de despertarme, por la mañana, y mirar el reloj. Son las dos de la madrugada. Me acurruco junto a Kate y me dispongo a intentar dormir todo lo que pueda.

38 **E**l despertador suena a las cinco y media. Kate no mueve un músculo. Desayuno una rebanada de pan de centeno con embutido y queso, y espero a que el café esté listo. No he dormido lo suficiente, pero la investigación tiene que ponerse en marcha.

Me pongo calcetines de lana y una bata, salgo al porche trasero y echo un vistazo a las estrellas mientras me bebo el café y me fumo un cigarrillo. El humo no me molesta, pero el aire helado se me mete en la garganta y me hace toser. El termómetro del porche marca treinta y dos bajo cero. La temperatura está subiendo.

Vuelvo al interior y me visto. Normalmente llevo vaqueros y un suéter, pero hoy puede que sea necesario lucir un aspecto serio, así que me pongo un traje, subo al coche y me dirijo al trabajo atravesando calles heladas y desiertas.

Es una típica comisaría de ciudad pequeña. Seis celdas para borrachos y dos calabozos temporales, mi despacho y una sala para el recepcionista, una sala común con un par de escritorios y ordenadores para los agentes de servicio. Quiero tener el informe listo antes de la reunión de la mañana.

Me siento en mi despacho y lo redacto; luego lo dejo a un lado. Si espero unas horas antes de introducirlo en la base de datos nacional de delitos, será demasiado tarde para que los periódicos se hagan eco, y podré retrasar la tormenta mediáti-

ca un día más. Quiero que los padres de Sufia lo sepan antes de que se publique en los medios.

A este respecto, los teléfonos suponen una dificultad añadida. Cuando la gente es testigo de delitos o se entera de alguno y de sus detalles, hoy en día pueden llamar a los periódicos sensacionalistas a cambio de una nimia recompensa. Al efectuar mi interrogatorio en Marjakylä, no mencioné el nombre de la víctima del asesinato. Sólo los agentes de servicio, Kate, Aslak, Esko y mis padres saben que la muerta es Sufia. Y les he pedido a todos que mantuvieran el secreto, con lo que he atajado el problema.

Descargo las fotografías de la escena del crimen de la cámara digital al sistema informático, para que podamos echarles un vistazo durante la reunión, y luego empiezo a poner la investigación en marcha.

Técnicamente debería seguir la cadena de mando y llamar al comandante de la región, pero no me gusta ese tipo, y prefiero no hacerlo. El comisario superior de Policía y yo tenemos un pasado en común, así que lo llamo a él. Aún no está en su despacho, por lo que pido el número de su móvil y le llamo.

—Ivalo —responde.

—Soy Kari Vaara, de Kittilä. Siento llamarle tan temprano.

—Me estoy afeitando.

—Es urgente. Tengo un caso del que informarle.

Silencio.

—Tenemos una investigación por asesinato en marcha. Una joven llamada Sufia Elmi fue secuestrada y asesinada ayer, hacia las dos de la tarde. Es una refugiada somalí estrella de cine de segunda fila, de esas que aparecen constantemente en los periódicos sensacionalistas.

—Mierda.

—Sí, pero la cosa se pone peor. El asesinato tiene indicios de crimen sexual, pero también de acto racista. Podría ser ambas cosas. Fue una carnicería. El asesino le escribió en el vientre las palabras «zorra negra» con un cuchillo.

—Querrá aparecer en los medios.

—Por eso le he llamado.

—¿Tienes un sospechoso?

Oigo un chorro de agua. Está meando mientras hablamos.

—Tengo unas huellas de coche y un montón de pruebas forenses.

—Puedo enviar una unidad de homicidios de Helsinki o de Rovaniemi. Ya sabes cómo está la cosa en Navidades; tendré que comprobar quién está disponible.

Aún no me doy por aludido:

—No hace falta. Tengo buen material para empezar.

—Desde luego que sí, pero, aun así, te iría bien algo de ayuda.

Aquello me sorprende. Es la primera vez que alguien cuestiona mi capacidad profesional.

—Gracias, pero no lo necesito.

El chorro se interrumpe; se oye el ruido de la cisterna.

—¿Estás seguro de que quieres este caso?

—¿Por qué me pregunta eso?

—Es algo que deberías considerar.

—Claro que lo quiero.

—Piénsalo. A lo mejor, por una vez, deberías pasar.

40

Finlandia es un país pequeño y provinciano, pero los de Helsinki se comportan como si ellos fueran gente sofisticada y los lapones fuéramos unos paletos de pueblo. A veces nos llaman *poron purija*: «*muerderrenos*».

—Es mi jurisdicción —insisto—; es mi caso. —Cada vez levanto más la voz. Me recuerdo a mí mismo que tengo que calmarme.

—Aquí nos va mucho —responde el jefe—; podemos jugarnos mucho los dos. Quizás el caso te vaya grande.

—He llevado otras investigaciones por asesinato.

—Hace años.

Paso a tutearle e incido en el aspecto personal:

—Jyri, tú me condecoraste y me ascendiste. No me digas que no crees que pueda con esto.

—Te condecoré por tu valentía, no por tu capacidad como criminalista.

Me vienen ganas de mandarle a tomar por culo, pero no lo hago.

—Te ascendí porque te lo merecías —prosigue—, pero también porque aquella bala en la rodilla acabó contigo como agente de patrulla. O te ascendía o te retiraba. Te hice un favor.

No me hizo ningún favor, me lo gané yo. Era poli de calle en Helsinki y respondí a una llamada por robo a mano armada en Tillander, la joyería más cara de la ciudad, en Aleksander Street, en el corazón del barrio comercial del centro. Era una espléndida tarde de verano.

Mi compañero y yo llegamos rápido, justo cuando dos ladrones salían de la tienda cargados con mochilas llenas de joyas. Sacaron las pistolas y uno nos disparó; luego se separaron y huyeron corriendo. Yo perseguí a uno de ellos por una calle llena de turistas y gente de compras.

De pronto, el ladrón se detuvo, se giró y disparó. Yo tenía la pistola en la mano, pero me sorprendió. Aún estaba corriendo cuando la bala me dio y me destrozó la rodilla izquierda, que ya me había hecho polvo jugando al *hockey* en el instituto. Caí al suelo. Él debería de haber seguido corriendo, pero, por algún motivo que no puedo imaginar, cambió de idea y decidió matarme.

Cuando se me acercó, disparé yo primero y la bala le dio en el costado. Cayó, y por un segundo nos quedamos los dos tendidos en la acera, mirándonos. Él levantó la pistola para volver a disparar. Le dije que bajara el arma. No lo hizo, y le volé la cabeza.

Resultó que él y su compañero eran gánsteres estonios que habían llegado a Helsinki desde Tallin en una excursión de un día, dispuestos a robar todo lo posible. Supongo que esperaban volverse a casa aquella noche en el mismo barco con todo lo robado en Tillander.

—Si me quitas este caso —le digo—, me quitas cualquier oportunidad de prosperar en mi carrera. Para eso, ya podías haberme retirado.

—Tus oportunidades acabaron cuando decidiste trasladarte de Helsinki a Kittilä. Fuiste tú quien pidió el traslado. ¿De qué te quejas ahora?

El disparo tuvo un gran eco en el departamento, me dieron una medalla y me ascendieron a subinspector. Posteriormente, cuando me nombraron a inspector, solicité que me trasladaran de nuevo a Kittilä, mi lugar de origen. Él piensa que es una cuestión de orgullo, pero se equivoca: es una cuestión de sentido del deber.

—O me retiras ahora mismo o me respaldas en el caso. ¿Qué decides?

Puede apoyarme en el caso o librarse de mí y empezar a dar explicaciones de por qué ha retirado a un héroe de la Policía. Mala imagen. Espero mientras se lo piensa.

—Muy bien, tú ganas. No obstante, si te lo piensas mejor y quieres que te envíe a un equipo de homicidios, te lo mandaré. No me importa quién lo haga; lo único que quiero es que el caso se resuelva rápido.

—Me parece bien.

—¿Puedo hacer algo más para ayudarte?

—Localizar a los padres de Sufia Elmi. Enviarles un pastor y un agente para informarles del asesinato. —En este país, los pastores luteranos acompañan a la Policía cuando tienen que notificar la muerte de alguien a sus parientes—. Y la autopsia estará lista hoy mismo. No me iría mal que me mandaran los resultados del ADN en cuanto estén, a cualquier hora.

—Hecho. Llámame cada día e infórmame de tus progresos. Y Kari, ahora esto está en tus manos. Tú verás.

42

Cuelgo el teléfono, tan cabreado que apenas puedo respirar.

A las ocho de la mañana salgo de la sala común. Antti y Jussi, los únicos agentes de patrulla de los que dispongo, porque los demás están de vacaciones de Navidad, están ociosos, bebiendo café. Las casacas de sus uniformes de campo están amontonadas. Antti recuerda tanto al estereotipo de finlandés que resulta casi cómico. Rubio y con el rostro en forma de sartén. Jussi tiene el cabello oscuro, es robusto y serio. Tienen cara de sueño.

Valtteri también parece cansado. A lo mejor no ha podido dormir después de ver el cuerpo de Sufia. Lleva puesto su uniforme de gala nuevo, almidonado y planchado. Sabe que hoy es un día importante.

Me apoyo sobre un escritorio atestado de papeles.

—Supongo que todos sabéis que este asesinato es el caso más importante al que se ha enfrentado nuestro departamento. Somos el equipo de investigación, y todo el país estará pendiente, así que no se nos permite cometer errores.

—Yo nunca he investigado un asesinato antes —dice Jussi.

—Fuiste a la academia; límitate a hacer lo que te enseñaron.

Cuando yo ingresé en el cuerpo, sólo había que ir a la Academia de Policía un par de meses. Ahora hace falta una licenciatura para ser policía. Antti y Jussi tienen poco más de veinte años y son agentes de Policía con formación académica.

—Además —añado—, contamos con buenas pruebas; puede que no sea un caso difícil.

—Mis vacaciones de invierno empiezan pasado mañana —plantea Antti—. Estaré fuera dos semanas.

—Ya no. Tus vacaciones quedan canceladas hasta que acabemos con esto.

—¿Por qué? —protesta, levantando un poco la voz.

—Porque es tu trabajo. Ya hay otras personas de vacaciones; no tenemos a nadie más. Vosotros sois los agentes de guardia; es vuestro caso.

—Tengo billetes de avión para Tailandia.

Me está poniendo dificultades porque el asesinato de Sufia interfiere con sus planes de irse a follar con putas tailandesas en Navidad.

—Lo siento —replico.

Bajo las luces, me dirijo al ordenador y pongo en marcha el pase de diapositivas de Power Point con intervalos de diez segundos. Las imágenes de la escena del crimen se suceden sobre la pared.

—Anoche interrogué a los vecinos de Marjakylä. Para alguien que viviera allí sería pan comido matar a Sufia, conducir doscientos metros y volver a meterse en casa. —Le doy mi cuaderno a Valtteri—. Quiero que empecéis comprobando coartadas.

Valtteri saca una linterna de bolsillo y hojea el cuaderno.

—Está tu padre.

—A él también.

Aparece una imagen del rostro y el torso de Sufia y congelo la imagen.

—Tenemos mutilaciones y una botella de cerveza rota que le han introducido por la vagina. Puede que la hayan violado antes de matarla. Le han sacado los ojos, como si el asesino no

quisiera verla. Eso podría significar que estaba avergonzado. También le han cortado un fragmento del pecho.

Jussi pone cara de asco y me interrumpe:

—¿Quién cojones podría hacer algo así?

—Puede ser un depredador sexual psicótico y misógino. No tenemos una larga tradición de asesinos en serie en el país, pero nunca se sabe. Si lo es y es de la zona, probablemente ésta sea su primera víctima, o reconoceríamos su *modus operandi*, y es de esperar que se produzcan más asesinatos periódicamente.

—Para este tipo de asesino en serie, si lo es, hay un perfil típico —apunta Antti.

—Sí. Los asesinos en serie suelen ser varones, de veinte a treinta años. Sus motivaciones suelen ser el sexo, el poder, la dominación y el control. Podría clasificárseles en dos categorías: organizados y desorganizados. El móvil de un asesino organizado suele ser, en la mayoría de los casos, la violación. Los asesinos organizados suelen poseer una inteligencia superior a la media y planean sus crímenes metódicamente. Es frecuente que secuestren a sus víctimas, las maten en un sitio y se deshagan del cuerpo en otro. Los asesinos desorganizados suelen moverse más por sadismo, tienen una inteligencia menor, cometen crímenes de forma impulsiva, con oportunismo, y dejan los cuerpos en el lugar del asesinato. En ambos casos, es frecuente que se produzca una serie de cinco o más asesinatos, con pausas intermedias. Lo más probable es que un asesino en serie haya elaborado fantasías sexuales y criminales desde la adolescencia, o incluso desde antes. Ya de adulto, la realidad puede resultarle decepcionante, lo que le incita a reproducirla una y otra vez, intentando encontrar el modo en que sus asesinatos le resulten más satisfactorios.

—Sabes mucho del tema —observa Jussi.

—Leí mucho sobre asesinos en serie mientras trabajaba en mi tesis para el máster. Este asesinato es atípico. El secuestro, las tres armas diferentes, entre ellas una botella rota previamente, y la inscripción en el cuerpo coinciden con los criterios de un asesino metódico y organizado. Pero el hecho de que la mataran y la dejaran en el mismo sitio en lugar de llevársela a

otro apunta a un asesino desorganizado. Echaré un vistazo al registro criminal, a ver si encuentro crímenes similares.

—¿Y eso de «zorra negra»? —pregunta Jussi.

—Nos toca determinar el móvil. Aún no podemos decir si el crimen es producto de una mente trastornada, o si es un delito racista disfrazado para que parezca otra cosa. Tenemos que descubrir qué es, para centrar la investigación. Quizá la autopsia nos ayude. Por ahora, nos ceñiremos a lo básico y trabajaremos con lo que tenemos, hasta que podamos reducir el espectro de potenciales sospechosos. Tenemos las huellas del automóvil y la botella de Lapin Kulta que usó con los ojos y la vagina. Tengo una pista sobre el coche. Eero Karjalainen afirma que vio un sedán BMW Serie 3 que salía de la finca de Aslak hacia la hora del asesinato.

—¿Eero? —objeta Antti, levantando las cejas.

—No es un testigo fiable, ya lo sé, pero a veces puede sorprenderte.

—Si testificara, el tribunal se echaría a reír.

—Es cierto, pero las huellas del coche no son demasiado claras. Si apuntan a seis tipos diferentes de vehículo y uno es un BMW, podemos centrarnos en el BMW. Cualquier cosa puede resultar útil.

—¿Tienes misiones para nosotros? —pregunta Valtteri.

—Recemos para que no sea un lugareño —respondo—. Antti, consigue una lista de los turistas que hay actualmente en el Levi Center. Concéntrate en primer lugar en los estadounidenses, que tienen con diferencia el índice más alto de asesinatos en serie del mundo.

—Hay miles de turistas —objeta—; en seis hoteles y en decenas de chalés de alquiler.

—Eso es. Llama a todos los alojamientos, diles que te envíen su listado de clientes por correo electrónico o fax. Llama a todas las agencias de alquiler de vehículos. Coteja sus alquileres con el listado de turistas. Divide la lista en dos: finlandeses y extranjeros. Busca a los finlandeses en el ordenador y consigue sus antecedentes policiales y los datos de sus vehículos. Llama a la Policía de fronteras y consigue el número de los documentos de identidad de los extranjeros. Clasifica a los extranjeros por país de origen y luego llama a las embajadas y

pide los antecedentes policiales de todo el que haya alquilado un coche. No tardarás tanto como crees. Lo de los finlandeses se puede hacer en un día.

—Es como buscar una aguja en un pajar.

—De momento.

—¿Vas a arruinarme las vacaciones por una refugiada negra muerta?

No puedo creerme que haya dicho eso. Hago un esfuerzo por controlar mi rabia y no reacciono. Valtteri soluciona el problema por mí. Se pone de pie, cruza la sala con paso decidido y le pega un bofetón a Antti.

Antti se queda mudo. Está colorado por la vergüenza y más aún por el bofetón.

—Tómate esas vacaciones —le suelta Valtteri—. Puede que sean más largas de lo que tú te crees.

Antti me mira. Yo me encojo de hombros y apoyo a Valtteri:

—Es tu sargento.

46 Nunca había visto a Valtteri perder los nervios, y mucho menos golpear a nadie. No sé si lo ha hecho por la falta de respeto de Antti hacia mí o hacia Sufia. En cualquier caso, es un mal inicio para la investigación.

Pasan unos segundos de tensión.

—Inspector —dice Antti, que siempre me llama Kari, será que intenta decirme que es sincero—, estaba de mal humor por mis vacaciones y he dicho algo que no quería decir. —Mira a Valtteri como si se temiera que pudiera volver a abofetearle—. Entiendo la importancia de este caso, y no me importa cancelar mis vacaciones para colaborar en él.

Podría despedirlo si no me hiciera falta, pero lo necesito, y no quiero que presente una queja contra Valtteri.

—Y a cambio de olvidar ese comentario racista, en el que sugerías que la víctima de esta investigación no merece justicia debido al color de su piel, ¿olvidarás tú la bofetada de Valtteri por haberte comportado como un capullo?

Asiente.

—¿A ti te parece bien, Valtteri?

Valtteri se sienta, aparentemente incómodo.

—Sí.

Intento dejar atrás ese mal momento actuando como si no hubiera sucedido.

—Jussi, trabaja con los moldes de cera de las huellas del coche. Son nuestra mejor pista. Usa la base de datos, descubre a qué marcas y modelos pueden corresponder. No debería llevarte mucho tiempo. Y haz lo que puedas con las huellas de zapatos. Cuando acabes, ayuda a Antti. Dentro de un día o dos sabremos quién disponía en Kittilä y Levi de algún vehículo que lo pueda convertir en un posible sospechoso.

Jussi asiente.

—¿Lo ves, Antti? —pregunto—. No es tan difícil.

—Lo veo.

—Valtteri —prosigo—, tú trabaja localmente. Elabora una lista de racistas y delincuentes sexuales conocidos. Entérate de dónde estaba cada uno de ellos. Eso tampoco debería llevarte tanto tiempo. Yo conseguiré el número de serie de la botella de cerveza, para que puedas buscar dónde se vendió.

—Muy bien.

—El lugar donde se alojaba Sufia es una escena del crimen potencial de segundo orden. Investigaré dónde vivía, recogeré pistas y huellas y luego iré a ver la autopsia. Después intentaré averiguar dónde estaba cuando la secuestraron. ¿Alguna pregunta?

Nadie tiene preguntas. La imagen de Sufia sigue cubriendo la pared. Nos mira con las cuencas de los ojos vacías. Enciendo las luces.